

## Una semblanza escrita por una nieta

Abril Schmucler Iñiguez

Aguardaba, en el único rincón del comedor donde la luz del sol no podía resplandecer y flanqueado por dos sillas de tela marrón, un reloj. Era grande, le colgaba un péndulo a veces opacado por el polvo, a veces brillante. Su antigüedad me significaba tanto como los recuerdos que mi familia guarda de mi familia. Esto es, mi padre de mi abuelo y mi abuelo de sus padres. Aquel reloj era un pretexto para medir el pasado y me daba la impresión de que lo acontecido antes de que éste artefacto pudiese mirarnos, fuera una historia que se diluyó entre los progroms, las guerras mundiales y la vida cotidiana –que no era fácil– de los pueblos que ahora forman parte de Ucrania, Bielorusia y Polonia, de donde eran los abuelos de mi abuelo. El reloj era hermoso y no funcionaba, sin embargo, muy a pesar de su congelamiento, yo recuerdo que nos decía la hora en todo momento, y es que, en casa de mi abuelo, raramente sucedía el tiempo. En todo caso, el tiempo era el de ese reloj caprichoso.

En realidad el aparato llegó tardíamente a la vida Schmucler, a pesar de ello, siempre me pareció que fue el testigo de la memoria familiar. Lo trajo Mañe, la bobbe Mañe, quien fuera la compañera de Carlos –el padre de mi abuelo– años después de que su mamá, Hipólita Kreiman, había fallecido joven por causa de una tuberculosis que hoy sobrevivimos con algunos antibióticos. La modernidad alarga la vida, pero no necesariamente su calidad, pienso que me diría mi abuelo si leyera esto.

Al haber permanecido desde un siempre relativo, dentro del paisaje de nuestra historia familiar, aquel reloj marcaba esa memoria que a su custodio, mi abuelo, le gustaba guardar y re-visitar en silencio de vez en cuando, o eso me parece.

A mí me encantaba saber que estaba allí, en el rincón del silencioso comedor y protegido por esas dos sillas que únicamente servían a su propósito cuando se encendía el carbón, y había que llevarlas junto a la parrilla para el ritual carnívoro. Me gustaba pensar que esa esquina de un reloj sin tiempo con sus sillas cafés, una pila de revistas que intuyo nunca nadie leyó, y una pequeña alfombra de colores abandonados, hacía las veces de un ecosistema independiente al resto de la casa. Ecosiste-

ma que alguna vez, cuando yo era pequeña, imaginé como una máquina que me podría transportar por el tiempo, una micro-salita-máquina del tiempo. Y es que en esas vacaciones yo había tomado al azar un libro del infinito librero que estaba en la habitación del segundo piso de la casa, donde vivían sobre todo los textos que mi abuelo había leído hacía tiempo, décadas, más de medio siglo. Por supuesto, cuando era niña pensar que los había leído hacía medio siglo me parecía equiparable con la edad de los mismos autores. Era demasiado tiempo, por eso yo pensaba que aquellos mil libros eran los causantes de todo lo que era mi abuelo, esa inmensidad que abarcaba tantas cosas. Libros de comunicación, libros sobre judaísmo, libros de la dictadura argentina, libros del holocausto, libros de la modernidad tecnológica –por cierto, me daba curiosidad que un abuelo pudiera estar interesado en satélites y televisores– y, finalmente, las novelas. Esa era mi sección favorita, así que me concentraba en mirarlas, separarlas de las que estuvieran en otros idiomas y, más por instinto que por alguna recomendación, elegía alguna y me adentraba en ella. Es por eso que en esas vacaciones había viajado al futuro con H. P. Wells y entonces todo alrededor mío tenía que ver con los viajes temporales, y aquel reloj sin tiempo me servía muy bien para tal propósito.

Así era pasar los días en casa de mi abuelo, el tiempo se acortaba o se estiraba dependiendo de nosotros y no del resto del mundo, que permanecía lejos y que no se entrometía excepto por los mensajes que sus amigos, alumnos o colegas dejaban en la contestadora de alto volumen. El día comenzaba muy temprano, cuando mi abuelo me despertaba con su voz grave y cordobesa. Desde los primeros escalones gritaba una versión de mi nombre que guardo con recelo en el corazón. Sin esperar respuesta pero sabiendo que ya estaba en el proceso de salir del sueño, se sentaba en la orilla de la cama, a la altura de los pies y me compartía de su mate. Los primeros sorbos eran a oscuras porque tampoco había encendido la luz. Recién cuando vislumbraba cierta conciencia en mis adormilados ojos –o por lo menos algún balbuceo legible– abría las ventanas para recordarme el hermoso mundo en el que estábamos. San Ambrosio era su felicidad, y por supuesto también la mía. Leo un correo suyo en el que, con sus palabras, me hace sentir en ese paisaje extenso e irrepetible. A pesar de que yo estuviera a diez mil kilómetros y a diez mil días de aquellos horizontes, sus palabras me llevan –siempre en presente– hasta esas interminables sierras con pájaros y caballos y todos los verdes que existen y que se asomaban por las ventanas que él abría para terminar el rito de despertar a su nieta.

Mientras duraba el agua de la antigua tetera –otro artefacto para viajar en el tiempo– hablábamos de lo que teníamos en la cabeza y en el alma. No importaba que yo tuviera doce, dieciséis, veinte o treinta años y que por eso mis preocupaciones divagarán entre inocentes dudas, ingenuas reflexiones o esporádicas certezas. Los diálogos siempre partían de su sorpresa y del interés que él ponía por las cosas que seguramente ya había visto pasar otras veces. Tampoco era problema que mis temas de conversación alrededor del mate temprano fueran relatos de los sueños que yo había tenido esas noches sin ruido y sin luces mexicanas. A veces también le contaba sobre el libro que estuviera leyendo en esos días y entonces él me daba dos o tres pistas para entenderlos desde diferentes miradas; de esa forma, a través de sus palabras yo podía saborear otras capas de las lecturas que, como aquel de Wells, tomaba sin pedirle de sus repisas.

Muchos años después me di cuenta, en un velatorio lleno de gente que me hablaba del vínculo que había tenido con él, que al escuchar con esa atención tan particular, mi abuelo le dio un lugar especial a las personas que coincidieron en su camino. Nos hizo sabernos únicos y esa forma afectuosa de tratar a sus amistades lo hacía un árbol frondoso que señalaba un camino posible a seguir, o bien, era el punto de partida para quien se quisiera regresar, en caso de habernos equivocado en los pasos recorridos.

Al terminar el mate y asegurado de que yo estuviera muy despierta, comenzaba nuestro día que, pese a la cotidianidad del lugar, nunca era igual. Generalmente, a los libros que leía durante esos días en que lo visitaba, intentaba llevármelos a mi casa, a la Ciudad de México. Algunos exitosamente, otros no pasaban el filtro de la puerta. En los primeros años el impedimento no era por alguna prohibición suya, sino porque me parecía que aquel libro hurtado podría extrañar a sus hermanos de repisa. El espíritu de cada libro que pertenecía a la historia de mi abuelo debía sentirse protegido entre los demás.

Con los años encontré formas de justificarme la extracción literaria. Mi abuelo sabía de mis hurtos y los dejaba pasar, no sin hacer mención al respecto. Creo que con el tiempo, y mi edad, los títulos que intentaba llevarme se fueron acercando a sus libros más queridos o necesarios, y entonces él decidía si me lo permitía, si me lo regalaba formalmente, o bien, si me llevaba a la librería para que pudiera tenerlo de nueva imprenta.

Sucedió con Dostoievski. Supongo que los quería y visitaba tanto que prefirió regalarme ediciones nuevas, copias de alguna rareza que él mismo había debido fotocopiar, y un libro de edición muy antigua que, quizá justamente por querer mucho y por saber que yo también lo disfrutaría, me regaló. Es tan viejo el librito que el título del lomo está borrado, así que él lo escribió en un papelito y lo pegó con una cinta transparente que ahora, de seco pegamento, guardo entre sus páginas. El bufón, el burgués y otros ensayos. Me gusta encontrarme su letra en un libro.

Al hablar de sus libros, me da la impresión de que los quería tanto como se le puede querer a una persona cercana.

A mi abuelo todos le decíamos Toto porque su padre, Carlos, lo nombraba en Yiddish Totele: querido mío, hijito. Además de hablar en yiddish, Carlos era el almacenero que todos los barrios del mundo deberían haber tenido. Era cariñoso, honesto y daba galletitas con salame a sus nietos que llegaban hambrientos al almacén. Ofrecía en el mostrador, imagino que entre el membrillo y el pan criollo, el diario comunista Nuestra Palabra.

La única foto que miro de mi bisabuelo es en un río, con un asado en camino. Es alto como su hijo, aunque más robusto. Al parecer sus manos eran igual de grandes. Se habían mudado desde Hasenkamp, de la provincia de Entre Ríos, a la ciudad de Córdoba; entre otras cosas, supongo que para tratar la tuberculosis de Hipólita, que también encerró un largo tiempo a mi abuelo. Esa historia siempre me despertó un poco de terror: una casona gigante, en medio de las sierras, pasillos llenos de puertas con más y más complicaciones respiratorias. El silencio de la noche interrumpido por asfixias ajenas. La sensación de poder estar allí me provocaba miedo, ternura, desolación. Me hacía mirar de otra forma esa fuerza y calidez que tenía mi abuelo. Alguna vez me habrá contado, o quizá lo imaginé, que a veces se asomaba para mirar el paisaje desde la ventana del tercer piso en ese viejísimo edificio de Santa María de Punilla, que hoy podría ser un set de filmación de thrillers aterradoros. Tengo la impresión, si la cronología de mi memoria no me engaña, que en esos meses conoció a un recién llegado, migrante de Rumanía, también en curación. El nuevo argentino no hablaba castellano, pero de todas maneras se hicieron amigos.

Por esa época, quizá durante o poco después, mi abuelo estudió la carrera de medicina. Supe que recorría, con su compañero de banca y calle, los barrios de Córdoba. Iban en sus bicicletas tocando puertas para

ofrecer inyecciones a domicilio. Era un trabajo acorde a su estudio y a la vez necesario para su economía. Me parece que también le gustaba acercarse a la gente, supongo que la búsqueda de un mundo más justo para todos es una mentira si no se conoce a las personas.

Me gusta imaginar a mi abuelo andando en bicicleta, tocando las puertas con su botiquín de inyecciones y conversando de muchas cosas con su amigo, el Negro Bustos.

El Toto dejó trunca la carrera de medicina, no lejos de terminarla, para estudiar letras y adentrarse al mundo en el que seguiría toda su vida. Pero aquellos conocimientos galenos los sacaba a relucir con frecuencia, sobre todo en dos formas: la primera era que, sin falta, como parte del quehacer diario, daba golpecitos con una mano sobre la otra, que estaba pegada a su esternón, así podría sentir alguna posible inflamación o malestar digestivo; la segunda, que era la que más me gustaba, era que me ponía los labios en la frente para medir la temperatura y al final de su labor de termómetro me daba un beso. Pienso que debía sentirme afiebrada muchas veces porque es un recuerdo recurrente.

Su padre, como dije antes, era almacenero y un hombre del que escucho solamente palabras buenas cuando los que lo recuerdan, es decir mi padre, mi tía y mis abuelos, lo mencionan. La sonrisa dulce y llena de nostalgia que ponía mi abuelo Toto, cuando se mencionaba a mis bisabuelos, a Mañe o a su hermana Cucale me hacía sentir triste y feliz. Es que su sonrisa era verde, llena de muchos recuerdos que la pura mención de los nombres le evocaban y que no tenía intenciones de esconder. El verde es el color del paisaje de su ventana, de su plenitud, de la honestidad. Mi abuelo no mentía.

Yo pensaba en el zeide Carlos, el almacenero, cuando rumbo a su casa debíamos hacer una serie de paradas en el pueblo de Río Ceballos. El periódico, el pan, la carne, el correo y, finalmente, la verdulería. Esta última me gustaba porque mi abuelo se tomaba el tiempo en el que yo hubiera entrado y salido con dos bolsas llenas de todo un poco, para elegir de entre la caja repleta de tomates, los únicos dos que fueran perfectos. Para lograrlo, los tomaba entre sus gigantes manos que, por su tamaño, aparentaban ser toscas pero con suavidad medía su peso, su textura, su dureza. A veces yo me desesperaba y mientras él tomaba la decisión que definiría la ensalada del día, yo trataba de adelantar la canasta de las frutas que llevaríamos, una innecesaria variedad que tomaba salvajemente de entre todas las opciones. Otras veces me intrigaba entender qué tanto podía meditar alrededor de dos tomates y una lechuga,

entonces lo observaba atenta, incluso cotejaba su elección con otros tomates para encontrar las diferencias. La cebolla se la brincaba, no sé bien si por mi aberración a esta o porque él mismo no la disfrutaba tanto. Al terminar, y a pesar de que en la canasta ya hubiera fruta, –la que vorazmente yo había puesto– él hacía lo mismo con los duraznos: mirarlos, tomar uno, abrazarlo entre sus manos, tomar otro, hablar con la pareja de verduleros, calcular el peso, buscar mi aprobación en su incertidumbre, como último recurso lo olía –me hacía olerlo también– y, finalmente, metía alguno en esa canastita junto con otro que había pasado por la misma extenuante prueba. Dos tomates, una lechuga pequeña, dos o tres duraznos de gran tamaño y dos manzanas llenas de brillo en su rojo profundo. A éstas las pelaría porque la cáscara no le gustaba, o no le hacía bien. Con una mano la haría girar en su propio eje y con la otra sostendría firme el cuchillo, de tal forma que lograba una larga tira de piel roja, que después aventaría hacia el caótico arbusto que nos impedía mirar el río, pero no escucharlo. A mí me gusta el sabor de la piel de la manzana roja, sin embargo desde siempre procuro hacer el mismo movimiento con el cuchillo y, cuando logro una sola tira sin accidentes, me siento contenta y tengo ganas de contárselo. Después me la como con pequeñas mordidas preguntándome qué pensaba mi abuelo cuando me miraba hacer estos pasos sin sentido, supongo que le daba ternura y le gustaba sentirse imitado. O tal vez nunca se dio cuenta.

Esos últimos pendientes antes de llegar a la casa donde el tiempo sucedía a través de un reloj inmóvil, consistían en disfrutar de bajar y subir del auto cinco veces. Escuchar su conversación con el carnicero que, nada más lo veía llegar y ya le cortaba los trozos que pondríamos a la parrilla o a la plancha; el periodiquero que le guardaba por el tiempo que fuese necesario *El País*, las *Ñ's*, algunas *Página12* y comentaba con él algún artículo de interés mutuo; los verduleros a quienes ya referí; la panadera que era la más joven y sonriente; y, finalmente el correo. Esos últimos nunca conversaban mucho.

A veces mi hermano y yo lográbamos viajar juntos. Y entonces algunas cosas eran diferentes. Tendríamos unos diez y doce años cuando nuestro abuelo nos dio un vasito con fernet puro, quizá porque se lo pedimos tras escuchar un relato de su infancia. O tal vez solo se le ocurrió que era la misión de un abuelo estrenarnos en las bebidas alcohólicas. Fue horrible, su sabor infame nos hizo hacer muecas que mi abuelo disfrutó con sonrisa. Aunque tengo la impresión de que nos terminamos todo lo servido, tal vez como un reto familiar, también creo que mi abue-



lo nos dio permiso de tirar el sobrante, porque nada que hiciéramos debía ser obligatorio o un padecimiento. Nada. Antes que llegar a la orden, prefería dedicar largas conversaciones, cartas escritas a mano o electrónicas. Lo que fuera necesario para exponer las razones de hacer o dejar de hacer cosas, sin urgencia, lejos del tiempo donde el resto nos movíamos; en aquella prisa donde yo me movía y él, con sus diálogos y cariños, sabía pausar.

Algunas tardes, dependiendo el día de la semana en que caía nuestra estancia en San Ambrosio, llegaban a visitarlo sus amigos Hely y Oscar. Construyeron sus casas, una junto a la otra, y yo sentía que eran diferentes espacios de una misma, enorme. Cuando eso sucedía yo me emocionaba. Ellos gritaban un saludo que nadie escuchaba, mientras se acercaban por la entrada del asador hacia la terraza donde supongo que sabían que estaríamos, por la hora. Con suerte nos encontraban recibiendo el calor del sol y mirando aquel paisaje que mil palabras no podrían ser capaces de describir. Al principio me dedicaban algunas preguntas en referencia a México y los míos allá, pero pronto se ponían a hablar con mi abuelo de todo lo demás, y ahí es cuando yo, a mis diferentes edades, me sentaba atenta a tratar de aprender algo de sus charlas. Nombres de autores que debía leer, filósofos, poetas, reflexiones sobre libros, sobre artículos, sobre pinturas que trataba de memorizar para después ir a mirar en tal o cual museo y también, hay que decirlo, novedades candentes del mundo intelectual argentino, a decir mejor, chismes. A veces Oscar interrumpía de golpe la conversación entre ellos para hacerme una pregunta que me despertaba de una especie de hipnosis, y en el desconcierto de la pregunta y de su mirada penetrante yo no sabía qué responder y sufría mucho, pero aunque pedía ayuda silente a mi abuelo, con la desesperación de una niña, él me respondía, también silente, que no me sacaría de ese apuro. Lo hacía amoroso y expectante, también, de mi respuesta. Esos instantes, en esa casa sin tiempo, me parecían larguísimos. Tan velozmente como creía necesario, yo le respondía a Oscar cualquier cosa, buscando ser honesta, inteligente y suspicaz al mismo tiempo. Tras mis palabras, todo volvía a la normalidad, ellos continuaban hablando y yo volvía a ser una escucha. Nunca le respondí algo equivocado, tampoco le respondí nada correcto; lo cierto es que mi abuelo no intervenía en mi relación con sus propios amigos, fueran quienes fueran. Al contrario, incitaba que estas se desarrollaran a su manera, independientes de él y le alegraba saber que yo entablaba amistad con alguno, le gustaba pensar que se borraban las generaciones y

nacían nuevos diálogos y, sobre todo, que nacieran nuevos cariños que lo atravesaban por encontrarse él en medio.

Algunas veces el reloj funcionaba, o por lo menos hacía ruidos que recordaban el paso del tiempo.

Empiezo a escribir este texto desde mi cama. Hoy decidí detener la rotación del mundo porque las cosas están feas. En México, Argentina y en el resto del planeta. Fue de mi abuelo de quien aprendí que a veces hay que salirse de la vorágine de la vida que se apresura alrededor. Estar en casa, leer, escribir, mirar por la ventana, dejarse abrazar por la cobija, tomar un mate con la lentitud de un litro, pensar, mirar de nuevo hacia la ventana, reacomodar la pila de pendientes en sus nuevas prioridades, estar. Ahora que la menciono, me doy cuenta que la cobija que me cubre fue de él y guarda el aroma de su casa, un poco de peperina mexicana. Lana pura, de llama tal vez, o de vicuña, la verdad es que no sé nada de tejidos. Es caliente y delgadísima. A él le parecía hermosa pero lamentaba que picara tanto, es cierto, es hermosa y pica mucho. Pienso en su habitación, en su ropa, en sus zapatos y los calcetines a los que les hacía un corte por las orillas. Pienso en sus lentes cuadrados y en sus rulos y en una de las fotos que tengo con él: sucede en México, mi hermano y yo tendríamos unos 3 y 5 años. Aparece mi madre también y los cuatro usamos corbatas a manera de broma. Mi abuelo fue un hombre que se vestía bien. Dedicaba tiempo a su apariencia y lograba lucir elegante, aunque no usara corbatas y tampoco lo recuerdo con algún saco. No consumía nada que no necesitara, pero sí cargaba con su hermosa agenda de piel marrón en la que escribía con una letra que recuerdo con el mismo cálido espíritu que leía en sus cartas, y siempre una campera de piel, café también. Miro otra foto en la que está vestido de lino. Huarachas, pantalones y camisión blancos. Es el vestido típico de un campesino mexicano y por eso me sorprende. Me carga en su pierna derecha que me queda enorme porque yo tendría uno o dos años, está apoyado sobre unas piedras negras, lava de un viejo volcán del Ajusco en donde estaba su casa antes de haber regresado a Argentina.

El día de su velatorio pedimos que quitaran las cruces que ya habían colocado en el féretro y en la pared. Era claro que había que sacarlos. La idea de que estuvieran allí nos pareció disparatada y recuerdo que al imaginar lo que pensaría él acerca todo eso, y de la naturalidad con que los hombres habían puesto esas figuras, su compañera y yo nos reímos un poco. Pensé en los símbolos que lo acompañaron y que dejaron de hacerlo y tuve la sensación de que la vida es más dura, pero más



contundente y quizás completa si no hay símbolos que la amparen y la justifiquen. Pensé que mi abuelo había dejado atrás muchas efigies y que seguramente no le había resultado sencillo. No era creyente de alguna religión, pero sí le prestaba atención como una de las grandes preguntas de la humanidad. Profundizó acerca de Dios y el judaísmo; más que en la fe, en las preguntas que lo construían. Un día conocí a su primo Berna en un kibutz de Israel. Bernardino era un poco mayor que él, unos meses tal vez. De niños fueron muy cercanos. Cada uno por su parte me contó que se guardaban mucho amor y gratos recuerdos. Cuando nos conocimos, Berna me abrazó tan afectuoso como lo hacía mi abuelo, pero no era tan alto. Hablaba con la misma dulzura y pausas, aunque no tenía la voz tan grave. En esa tarde que estuve con el primo de mi abuelo, pensé que el apellido debía guardar algún gen de la calidez y la ternura, o quizá sus padres les habrían inculcado que eso había que hacer, en un mundo tan lleno de guerras y muertes. Berna le mandó recuerdos y mi abuelo los recibió contento. Me costaba entender por qué, en la era de las redes sociales, a ellos no les interesaba ponerse al corriente y acortar la distancia geográfica con la cotidianidad que ahora la comunicación facilita. Mi abuelo era un hombre sin el tiempo como medida de nada, y a la vez como hecho que ponía sobre la mesa todo. Quizás porque sus reflexiones alrededor de la memoria hacían que este tiempo se revolviera en un presente, pasado y futuro continuo en el que no era imprescindible pensar en lo que vendría, ni tampoco suponer que el pasado había terminado. Todo sucedía todo el tiempo y tal vez por eso ni a él ni a su primo Bernales resultaba necesario continuar un presente ni inventarse un futuro, a pesar de quererse casi como hermanos de la niñez.

Después de todo no dejaron de haber símbolos alrededor de esa larga noche de despedida. Me pregunto qué tipo de vida podría reunir una flor dejada por un comunista de carácter excéntrico, con el abrazo fraternal de un anarquista, en medio del más cariñoso de los católicos, frente a unas chicas de tatuajes y pañuelos verdes y los librereros de Córdoba y mi abuela y el lugar que no dejaba de llenarse de gente que lo extrañaría profundamente. Con todos ellos mi abuelo había tenido algo que ver, a decir de muchos, mi abuelo los había marcado de una u otra forma con su lucidez o bien con su afecto, tal vez con ambos. Esa noche me senté entre Alejandro y Christian y me sentí bien de poder mirar, acompañada por dos de sus grandes amigos, a todas las personas que en algún momento habían acompañado y querido, en sus diferentes for-

mas, a mi abuelo. Y que también, por cierto, mi abuelo había acompañado y querido.

Un día leímos una biografía sobre el Toto que está escrita en la edición especial de *Los Libros*, de la Biblioteca Nacional. La lista de actividades de mi abuelo era enorme, extensa e incansable. A partir de los hechos nombrados, entendí un poco más la forma en que él había logrado abrazar en sus palabras, reflexiones, e ideas que se concretaban en la academia, en estudios o en publicaciones, a tanta gente y tantas preguntas. Un abrazo que abarcaba todo y que por eso no había resultado extraño que aquella noche del diecinueve de diciembre, ese lugar triste que olía a peperina porque nos pareció apropiado, estuviera lleno de cariño y de vidas a las que alguna vez acompañó.

Mi abuelo no dejó de construir, de proponer, de ilusionar, de crear y de provocar a través de sus preguntas y de su mirada.

Alguna vez conoció a Borges, a quien tuvo tan presente. Era un joven cordobés que debía recibirlo y transportarlo en la ciudad por uno o dos días para algún encuentro o entrevistas. Así lo había llamado Borges, me contó mi abuelo sonriendo, el muchacho cordobés. Yo le pregunté si había podido encontrar al de los laberintos pero en lugar de eso me dijo que era un tipo con muy buen sentido del humor. Esos libros estaban en la repisa de su estudio, en el piso de abajo, junto con los más queridos, más leídos y mejor custodiados. Allí también estaban los textos que tenía pendientes por leer y trabajar. Estos últimos eran una montaña enorme y constantemente ampliada que, a decir de él, tenían un orden dentro del aparente caos que se podía juzgar a simple vista. Aquellos libros de su estudio yo no los tomaba ni para leerlos, tenían cierto destello de lo sacro. Sabía que eran parte de mi abuelo, así como sus lentes cuadrados o sus orejas enormes. Eran los libros que guardaba cerca de él. Ya sea para consultarlos o, como alguna vez me dijo, porque le hacía bien mirarlos ahí, cerca y permanentes. Su compañía.

El tiempo con mi abuelo no importaba, ya lo dije. No solamente porque su casa era la nave ideal para viajar por todas las épocas a las que aquel reloj viejo nos pudiese llevar, sino porque él mismo le daba prioridad a las ideas y no al camino en el cual se podría contabilizar el tiempo recorrido. Literalmente, mi abuelo no tenía ningún inconveniente para detenerse en medio de la calle, o entre el caos de transeúntes de una peatonal, para resaltar alguna idea que había surgido del diálogo. Había que detenerse en el camino para prestar mayor atención a lo que remarcaría, nunca una conclusión, más bien un reviro de la reflexión. No resul-

taba fácil para los demás, puesto que había que cuidar que los autos no pasaran demasiado cerca, o que los peatones no empujaran rabiosos y apresurados. Daba la impresión de que mi abuelo sabía que todo lo demás no era tan importante.

A veces tenía prisa porque había salido tarde o porque las cosas incontrollables lo habrían retrasado, a pesar de esto no recuerdo que nunca apresurara una charla que considerara importante, ninguna omisión de la relación, o de la conversación, a costa de ningún reloj.

Lo mismo que irnos a comer unos tacos en la Ciudad de México. Implicaba reservar unas horas –lo que está lejos de ser la costumbre de nosotros, su familia de mexicanos–. Dos de pastor y un agua de Jamaica, otro más quizá y luego uno más. Algunas veces pedía tacos de tripa o algo diferente. Estos son demasiado grasosos para lo que era su costumbre, pero disfrutaba su sabor así que, dependiendo el ánimo, se convenía de que valdría la pena el malestar que pudiera llegar a sentir después y, aventurado, los ordenaba al taquero. Mi abuelo se auto-hacía travesuras gastronómicas de este tipo, y yo me sentía cómplice porque él era bueno haciéndonos sentir sus cómplices en lo que fuera, ya sean unos tacos de cierto riesgo o de cosas más relevantes.

Al respecto de la comida mi abuelo no dejaba de sorprenderme, ya sea por comer con gozo o por hablar con deseo de algunos platillos, mayormente tacos o cortes para la parrilla. Y digo que me sorprendía porque era capaz de hacer un profundo análisis sobre un autor de textos complejos y hablar desde la razón pura con una pasión contagiosa, así como también sentirse emocionado por el sabor de la arañita, aquel corte de la vaca que tanto disfrutaba con mi hermano o de los tacos al pastor que extrañaba con anhelo. La comida estaba lejos de ser un tema frívolo para él, a diferencia de algunos temas políticos.

Mi abuelo estuvo en la cárcel muchas veces. No me habló tanto de eso como yo hubiera deseado, quizá porque era menos interesante de lo que yo esperaba, o tal vez porque fue muy oscuro como para querer compartirlo conmigo. Aunque ahora pienso que tampoco creo haberle pedido que me lo cuente. Estuvo preso por cuestiones de militancia durante días, semanas y alguna vez por meses enteros. Las anécdotas que lo llevaban preso me fascinaba. Antes de convertirse en acciones de consecuencias mortales, me parecían cuentos dignos de cualquier película de aventuras en las que me sorprendía imaginarlo como protagonista. Mi abuela Miriam me cuenta de alguna vez, cuando debía llevar unos panfletos comunistas en un auto que describe pequeño. El camino sería

desde la imprenta clandestina hasta otros lugares en donde los guardarían o distribuirían, junto a ella iba mi abuelo y en el asiento trasero otros dos compañeros del partido que todavía están cerca de mi familia. Me cuenta que manejaba con los gritos nerviosos de las diferentes indicaciones geográficas que los tres le daban, para poder escapar de la policía que podría venir detrás de ellos. También me cuenta cómo fue que se conocieron, en las reuniones o fiestas que hacía el mismo partido. Otra anécdota que me gustaba escuchar, como cuento de la infancia que se repite incansablemente, era que, a la muerte de Stalin, mi abuelo tuvo que permanecer durante varias horas –lo recuerdo como la noche entera– haciendo la guardia, parado junto al invisible representado con cuatro sillas y una bandera. Cuando le pedí a mi abuelo que me contara esa anécdota sonrió un poco, levantó las cejas como cuando recordaba algo muy lejano y sobre todo sorprendido de haberlo hecho. Con el paso del tiempo y de las acciones comunistas, sus reflexiones publicadas, profundamente críticas, acerca de lo que se hacía, y lo que se estaba haciendo en ese momento dentro del partido, hizo que los expulsaran. A partir de eso colaboró con la posible revolución que el Che planeaba para Argentina, había establecido un diálogo epistolar con Cortázar, se llenaba de la fuerza de los personajes de su Rayuela y estudiaba con Roland Barthes en el famoso verano parisino del 68. Imagino que esos años se debían sentir como un único y furioso tornado de ideas, revoluciones, pasiones y certezas. Después, de regreso en Argentina, llegó al peronismo y más allá, a Montoneros. Sé que continuó hasta que no pudo seguir adelante por razones muy parecidas a las que había encontrado en el comunismo. Mi abuelo no dejaba de ser crítico, sin despreciar el valor de las acciones o las ideas que buscaban cambiar al mundo, tampoco le gustaba ocultar la gravedad e importancia de los problemas éticos que acompañan a cualquier movimiento o cualquier idea.

Para el setenta y siete su hijo Pablo había desaparecido y Sergio, mi padre, lo esperaba en el exilio mexicano. Las convicciones ideológicas se habían teñido de una realidad muy cruel como para continuarlas. Supongo que por eso la palabra ideología le provocaba cierto repudio, o habrá sido miedo, porque le tocó mirar de cerca lo que significaba.

Yo siempre intenté tratar mis temas con la mayor certeza posible. Esto es así, yo soy así, ellos son así, las cosas sucedieron así. Fue a través de su ternura, y con su forma de no imponerme ninguna opinión, que mi abuelo me enseñó que las cosas nunca son de una sola manera y que siempre debemos darnos más oportunidad a nosotros mismos. No dejar

de preguntarnos y mirar al resto, mirarnos con un poco de ternura y hasta compasión. Me convenció, a su manera, es decir, sin decirlo directamente y dejando que yo misma lo comprendiera, que ser determinante en las decisiones que a veces hay que tomar, no nos lleva más que al dolor y a una pared sin salida. No porque mi abuelo no haya tomado decisiones, no dejó de tomarlas. Ni porque no hubiera que ser firme y seguirlas hasta sus últimas consecuencias, no dejó de hacerlo y por eso supongo que tantas instituciones académicas le deben tal o cual cátedra, materia, plan académico, publicaciones, editoriales o consejos. Pero también había que darse la oportunidad de equivocarse, y de quererse a pesar de ello, y tal vez eso era lo más importante y por eso mi abuelo no dejó de recordármelo.

Ese reloj de péndulo que marcaba el tiempo que queríamos y no el común, no existe más. Muchas cosas dejaron de existir en el orden y espacio en que las conocí. Pero como el tiempo no es tiempo, el bisabuelo corta salami para sus nietos, mi padre que aunque ahora es mi padre no deja de ser el nieto del zeide Carlos. Hipólita que da vueltas por el corazón de mi abuelo porque, aunque era muy pequeño, la recuerda bien. El Toto que no deja de aconsejarme cuando antes de llenar el carrito, tomo con la mano un tomate y compruebo que no esté demasiado no sé qué, sino que sea perfecto. Mi abuelo que me aconseja escuchar sin prisa a mis amigos y escucharme a mí, en días de lluvia o de sol, con atención y amor y sin creer que el tiempo pudiera ser capaz de romper nada de todo esto.

Confesión final: escribo esta semblanza como un acto de memoria y también de fantasía. Porque la memoria tiene un poco de eso, de fantasía. Creo que mi abuelo leería esta confesión con gusto, y quizá disfrutaría la lectura como un cuento. Le sorprendería saber las cosas que me sorprendían de él y las formas en que interpretaba sus quehaceres. Probablemente hablaríamos el resto del día o de la semana o el mes entero sobre los recuerdos que tengo alrededor de él/nosotros. No, no los recuerdos que tengo de él, nada más los que relato aquí, a modo de una semblanza que no termina de serlo.